

FUENTES, MÓVILES Y OTROS PROBLEMAS DEL CHISTE
MEDICINA-MUERTE EN QUEVEDO
Y VALLE Y CAVIEDES

Héctor Brioso Santos
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

Resumen: El autor del presente artículo aborda varios problemas de la comprensión crítica del chiste *medicina=muerte* tal y como fue tratado repetidamente por dos autores satíricos barrocos de dos momentos distintos del siglo XVII: Francisco de Quevedo y el hispano-peruano Juan del Valle y Caviedes. A lo largo de estas páginas se examinan las fuentes, los móviles, el posible *realismo* autobiográfico o, en el otro extremo, el origen libresco de este motivo, sus modelos clásicos, etc.

Resumo: O autor do presente artigo aborda varios dos problemas da comprensión crítica do chiste *medicina=morte* tal cal foi tratado repetidamente por dous autores satíricos barrocos de dous momentos distintos do século XVII: Francisco de Quevedo e o hispano-peruano Juan del Valle y Caviedes. O longo destas páxinas examínanse as fontes, os móviles, o posíbel *realismo* autobiográfico ou, no outro extremo, a orixe libresca deste motivo, os seus modelos clásicos, etc.

Abstract: The author of this article examines several problems of the critical assessment of the satirical joke *medicine=death* as repeatedly dealt with by two baroque poets in the 17th century: Francisco de Quevedo and the Spanish-Peruvian poet Juan del Valle y Caviedes. Throughout these pages, matters such as sources, intentions, classical models, and either the arguable autobiographical *realism* or, on the opposite hand, the bookish origin of such literary motive in the writings of both authors, are discussed among other points.

*Son guardianes de la vida. Y ¿por qué
habría de querer ser alguien eso?*
(Martín Amis, *Experiencia*, 2000).

Para mi padre †

Hasta la fecha, he anotado diversas manifestaciones del chiste satírico *médicina-muerte* en la obra poética de los dos poetas barrocos que podríamos llamar los *especialistas* más fecundos en tal motivo¹. Mis relecturas y comentarios de algunas composiciones

¹ En la comunicación ‘Médicos y medicina en las obras poéticas de Francisco de Quevedo y Juan del Valle y Caviedes’, expuesta en el I Congreso Interdisciplinar de Medicina y Literatura, Real Colegio Oficial de Médicos de la Provincia de Sevilla, marzo de 2001 (actas en prensa). En lo que sigue, anoto en el cuerpo del texto la referencias abreviadas de los pasajes citados, que pueden comprobarse y completarse en la bibliografía final.

alusivas de los dos poetas en liza ponen sobre la mesa varios problemas muy arduos, algunos subrayados ya por la crítica. El primero, aparte de las obvias dificultades inherentes a la estética de la agudeza conceptista y del alarde verbal y a la recuperación de unos códigos expresivos olvidados, es el de la muy debatible dosis de realismo, de sinceridad y de implicación personal de sus autores o, por el contrario, la supeditación a unas fuentes librescas más o menos reconocibles, más o menos conocidas². En estas páginas analizaré primero algunas cuestiones quevedianas y luego pasaré a estudiar problemas que atañen al hispano-peruano Caviedes.

Una dificultad directamente aneja a la de las fuentes es la del genio del autor o lo que Plata Parga denomina “la tradición romántica del escritor genial y original”, opuesta a las “teorías miméticas”, las de los rastreadores de fuentes (1999: 228), a los que Dámaso Alonso gustaba de llamar *fuentistas* (1952: 67). Otro asunto es el de las motivaciones biográficas, pues ha habido intentos de demostrar que el origen de su aparente odio personal hacia los galenos pudo radicar en un episodio del invierno de 1602, cuando pleiteó con el doctor Fernando de Miraval por el impago de sus honorarios en concepto de veinticinco visitas durante una grave enfermedad del poeta³. Por último, están el famoso *desgarrón afectivo*,

² El esfuerzo teórico más cabal y reciente sobre esta cuestión de las fuentes de la poesía satírica es el de Fernando Plata Parga de 1999. En sus pp. 226-227 enumera y comenta la bibliografía previa sobre el problema: B. Sánchez Alonso, María Rosa Lida, James O. Crosby, Carmen Codoñer, Lía Schwartz, etc. Aprovecho la ocasión para la agradecerle la gentileza de hacerme hecho llegar varias de sus publicaciones, incluida una separata del citado artículo.

³ Cf. los autorizados comentarios de Jauralde Pou acerca de esta cuestión en su biografía *Francisco de Quevedo* (1998: 125-126n.; *vid.* p. 453, con datos sobre otra posible enfermedad quevediana). En p. 126 explica este crítico que esta “enemiga” *antigalenos* del gran poeta es “uno de los muchos *topoi* de su poesía satírica”. Más adelante escribe, en general: “De manera que hay que tomar con pinzas al yo poético de tantos versos” (p. 143). Las pp. 421-422 permiten afinar nuestras hipótesis acerca de esta supuesta manía personal, adobándolas con otros datos menos conocidos, como la envidia hacia otros letrados (ya que podría tratarse de una acusación colectiva, desde los juristas a los médicos), que se habrían instalado con más fortuna que él en el aparato burocrático de la época. René Querillac, por su lado, anota otros episodios de la vida de Quevedo,

la homosexualidad latente y otras explicaciones menos científicas y más peregrinas. Afortunadamente, para este problema de la sátira de los médicos estos planteamientos no son tan esenciales, aunque algo diré sobre ellos en estas páginas.

Fernando Díaz-Plaja, en un libro de gran circulación, asegura que “el peor enemigo de los médicos, a juzgar por sus descripciones, parece haber sido Francisco de Quevedo” (1994: 239). Tal juicio, sostenido solamente sobre las pruebas literarias, resulta exagerado si ha de aplicarse a su ideario personal. Sobre este punto, me inclino a pensar, con muchos críticos, que la sátira en el período clásico tiene un gran componente heredado y mostrenco. Maxime Chevalier, por ejemplo, buen conocedor de nuestro siglo áureo y de la obra de Quevedo, escribe en su libro *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)* que “el atolladero de la sátira de oficios y estados” es “frecuentemente convencional” (1999: 154), algo que, aún hoy, se olvida a causa de lo que alguna vez he llamado la *falacia realista*. Con todo, no son pocos los estudios críticos modernos en los que se pone de relieve el influjo clásico, por ejemplo (Schwartz Lerner) o el clásico y el contemporáneo a Quevedo (Plata Parga).

Según escribe a otro propósito Pablo Jauralde Pou en su biografía de Quevedo, “no es fácil extraer resultados ideológicos de estas salidas grotescas de Quevedo”, refiriéndose concretamente a la sátira de los moriscos en sus obras (1998: 203n.). Por su parte, Ignacio Arellano, en la introducción de su completísima edición de los *Sueños*, anota lo siguiente:

La galería de los condenados y de temas satíricos que conforman los *Sueños* procede en parte, claro está, de la tradición satírica clásica, medieval y humanista, pero hay una adaptación a las circunstancias y personajes coetáneos del escritor, que reflejan las preocupaciones morales y las figuras obsesivas de las que se burla y a las que critica. Lo que interesa realmente de la inspiración en las fuentes mencionadas (Marcial, Juvenal, Persio, Luciano, Erasmo...) es la

uno referido por el duque de Maura y otro contenido en su epistolario (1986: 63n.).

manipulación intertextual, el diálogo activo que se establece con ellas (1991: 24-25)⁴.

Y es que siempre es dudoso atribuir un pleno realismo personal o anecdótico a este tipo de exabruptos con tan largo abolengo literario: baste sugerir el caso de las sátiras de dueñas, alcahuetas, escribanos, coches, hechiceras, sodomitas, borrachos... y recordar que muchos son los satíricos que manipulan convencionalmente este mismo rosario insistente de temas y figuras. Las llamadas *figuras* son, a su vez, materia habitual de sátiras poéticas, entremeses, novelas, *avisos* y tratados, y combinan ingredientes auténticos y datos convencionales. La aparición de ciertos elementos reales, referenciales, procedentes de la observación del natural, no presupone siempre una intención *realista*, sino muchas veces una pretensión del escritor de que esas figuras y descripciones de ambiente sean reconocibles y parezcan auténticas en determinado grado según la convención aristotélica. Pero el lector culto de la época, largamente adiestrado en la *imitatio*, sabía distinguir las fuentes e influencias librescas -la intertextualidad de la que habla Arellano en el párrafo citado- y populares, de los materiales reales.

Ya Eugenio Asensio anotó en su inolvidable *Itinerario del entremés* que la pieza menor *El médico*, atribuida erróneamente a Quevedo, “desarrolla uno de los más arcaicos temas del teatro popular europeo: la pareja del curandero y su criado”, presente, según él, en los *mummings* ingleses, en los *Fastnachtspiele* del carnaval alemán y en Lope de Rueda (1971: 224); y añade: “Ciertas frialdades o gracias sobre la promiscuidad de las mujeres o la asociación de muerte y medicina eran bienes mostrencos de que el mismo Quevedo echó mano”. Recuerda, con su buena prosa castiza característica, el “desbordado torrente de pullas que Quevedo acostumbra a disparar a los galenos” (*ibid.*). Si el criterio siempre certero de Asensio insiste en ambas vertientes, popular y culta, no faltan críticos de hoy que hablen de un convencionalismo más libresco. Según escribe Fernando Cabo Aseguinolaza, “pocos

⁴ Cf. también sus pp. 27-28, con más consideraciones sobre el tema.

tópicos satíricos hay con la tradicionalidad de éste”, en referencia al de los médicos⁵.

Desde antes de Marcial, el motivo del galeno homicida es visible esporádicamente dentro de otras sátiras de profesiones o tipos, como los filósofos cínicos, los gramáticos, los retóricos y los abogados, temas en el que el latino coincide con Lucilio en particular y con diversos epigramatistas de la *Anthologia palatina*, como Amiano, Nicarco, Estratón, Calicter, Páladas, etc.⁶, pues ya entre los latinos la reproducción de esquemas ajenos -griegos- era moneda común. Schwartz Lerner explica, acerca de “la recreación de motivos y tipos satíricos” en Quevedo, que en ella

Es más difícil establecer una filiación precisamente por el carácter de *topoi* de estos elementos temáticos. Por ello pueden proceder de la *satura* de Juvenal, de Persio o de Horacio o resultar de la combinación de varios textos (...). El ataque a los médicos se remonta a los epigramas satíricos de la *Antología griega*, y especialmente a Lucilio. Pero también pertenecen a las obras medievales que siguen el esquema de la *Ständesatire*, como ya había indicado I. Nolting-Hauff (1987: 155-156).

Plata suma a éstas otras importantes fuentes, como la influencia de John Owen, con importantes coincidencias (1999: 234), o el peso de los italianos como Teófilo Folengo y Francesco Berni (en el que aparecen bromas con médicos y mulas -1999: 239). Y ello para destacar, más de una vez y tan acertada como elegantemente, la debilidad de las viejas protestas de la crítica hispánica sobre la originalidad de la sátira quevediana, descubriendo sus errores e ingenuidades (como en p. 236). Las pp. 242-242 del artículo de Plata son especialmente aleccionadoras

⁵ En su nota complementaria 76.77 (1993: 270) a su edición compartida del *Buscón*, que citamos en la bibliografía final.

⁶ Cf. la “Introducción general” de Fernández Valverde y Ramírez de Verger a su traducción de los Epigramas de Marcial (1997: I, 29-33). En especial, es ilustrativo el caso expuesto en las pp. 32-33.

sobre las complejidades del asunto *fuentístico*, ya fuera de los límites de la cuestión de la sátira médica⁷.

A modo de modesta incursión en este terreno de las fuentes librescas clásicas, que dejo a otros especialistas, puede aducirse –aunque siempre sin pretensiones probatorias, naturalmente, dado que no es éste un estudio enfocado hacia esa cuestión– el epigrama 9 del libro V de Marcial: “Contra Símaco, médico”, en el que se lee lo siguiente:

Desfallecía, y tú al punto con una comitiva de cien
discípulos, Símaco, viniste a mi casa.
Cien manos me tocaron heladas por el aquilón;
no tenía fiebre, Símaco, ahora la tengo (1997: I, 308).

Menos parecido a ninguno de los textos por mí examinados en mi trabajo previo es el 53 del libro VI⁸, contra el médico Hermócrates, que logra matar a sus víctimas con sólo aparecérselas en sueños (1997: I, 365), argucia poético-onírica no aprovechada por los dos poetas que estudio. En cambio, el 74 del libro VIII es muy similar a un pasaje de la *Prosa festiva* quevediana y a algunos ejemplos relacionables en parte, acaso, con el folclore oral⁹. Me refiero al epigrama titulado “Contra un mal médico”:

⁷ Una fuente quizás insospechada de datos acerca de la erudición clásica de Quevedo es la biografía de Jauralde (1998), por ejemplo, las pp. 178-182, entre muchas otras.

⁸ Dos de mis ejemplos, éste y el de VIII, 74, que anoto más abajo, han sido apuntados sumariamente por Schwartz Lerner (1987: 156), aunque sin advertir expresamente las concomitancias con ciertos textos quevedianos sobre los galenos. Esta estudiosa contempla una sección titulada “Los médicos que matan a sus enfermos” entre los “motivos y tipos satíricos” de Quevedo compartidos con Marcial y quizás, como ella misma previene, con otros autores como Juvenal, Persio u Horacio (155-156).

⁹ Y sólo en parte y con grandes reservas, dada la batería de fuentes cultas exhaustivamente vaciadas de la *Floresta* de Santa Cruz, el texto al que me refiero, concretamente al apotegma n° 379 (basado en el mismo esquema del cambio de oficio). Éste parece proceder, según Maximiliano Cabañas, editor de dicha colección, del *Vocabulario* de Correas (*vid.* su p. 609). Y no aparece entre los 71 cuentos verdaderamente orales-folclóricos desglosados por Chevalier en dos ocasiones de la *Floresta*, de acuerdo con el mismo Cabañas (1996: 68, n. 156; *cf.* también n° 384).

Ahora eres gladiador: antes habías sido oculista.
Hiciste como médico lo que haces como gladiador (1997: I, 94)¹⁰.

Acaso reconocible a medias en la *Premática del tiempo*:

17. Item, porque sabemos que hay cierto linaje de valentones matantes, que sólo matan a quien se deja matar, mandamos que no pueda tener nombre de valiente quien no fuere o pretendiere ser hijo de médico, cirujano o boticario (1993^a: 220).

Aunque el elemento común aparece velado en parte en el texto de Quevedo: el paso del médico al valentón asesino, invertido en el satírico madrileño¹¹.

No es de extrañar que Schwartz Lerner, en su estudio “De Marcial y Quevedo” mencionado, anote estas líneas de investigación:

Hasta hace algunos años se había prestado poca atención a la relación que entablan muchos textos de Quevedo con los de Marcial, a pesar de la existencia de una colección de 51 poemas en metros tradicionales en los que Quevedo tradujo o imitó con mayor o menor fidelidad un grupo de epigramas de su predecesor. Estas *Imitaciones de Marcial* son testimonio del interés no sólo temático sino estilístico que despertaron los epigramas (1987: 133)¹².

Sin duda, Quevedo debe haber hallado afinidades ideológicas en el tratamiento de muchos motivos satíricos. Pero, además, parece haberse interesado por el texto mismo de varios epigramas. El estudio de esta relación descubrió que muchos fragmentos de Marcial fueron imitados en poemas y recreados en pasajes de las sátiras en prosa. Más aún, ciertos procedimientos retóricos del lenguaje satírico de Quevedo parecen hacerse eco de procedimientos del lenguaje literario de Marcial. (...) Además de compartir un universo semántico, en muchos casos se percibe que los *Epigramas* funcionaron como estímulo para la creación de un lenguaje satírico personal. La

¹⁰ Para que se observen las aliteraciones, anoto el texto original latino: “Oplomachus nunc es, fueras ophthalmicus ante: / fecisti medicus quod facis oplomachus”.

¹¹ No parece fácil asociar el lugar común gracioso del paso del médico a otra profesión, o viceversa, en los textos citados con el poema n° 33 de Caviedes, titulado “A un abogado que dejó de serlo y se hizo médico”.

¹² En general, este estudio de 1987 ofrece todavía un buen panorama de esta imitación, con útiles consideraciones bibliográficas.

imitación de una frase, de una metáfora o de una imagen constituyen un desafío retórico, un problema por resolver en el juego de la emulación del modelo (...) (1987: 134-135).

Y en seguida desglosa tres tipos de imitación quevediana del satírico latino:

1) El texto de Quevedo adopta y transforma a) una palabra determinada que entrará a formar parte de un juego de palabras; b) una figura retórica que será incorporada a un contexto correlativo - una comparación, una metáfora o cualquier otra figura; c) una situación o escena específica que puede ser transformada en su expresión lingüística; 2) un procedimiento del lenguaje figurado de Quevedo parece paralelo a un procedimiento del lenguaje figurado de Marcial; 3) la sátira de Quevedo recrea en distintas formas ciertos motivos satíricos de los *Epigramas*. Algunos de estos motivos, cristalizados en el género de la *satura*, constituyen topoi de la crítica de imperfecciones y vicios del hombre (1987: 135)¹³.

Para concluir finalmente que “en muchos casos el discurso satírico de Quevedo presupone el texto de Marcial” y que “El 'arte verbal' de Quevedo adquiere nuevas dimensiones cuando se lo ve como extensión y emulación del lenguaje satírico de su predecesor” (1987: 157).

Pero no debe echarse en olvido lo que añade Plata llegado a un cierto punto de su minucioso análisis del problema de las fuentes clásicas: “un topos de la literatura antigua serviría, así, para retratar una realidad histórica” (1999: 233). No es sólo imitación; es adaptación y acomodo a los fines y al clima de la época barroca, incluso a sus exigencias referenciales, muchas veces reconocibles en Quevedo y casi siempre en Caviedes, como veremos en seguida.

El género epigramático está lleno de tópicos, lo que no impide que un poeta pueda adornar su recreación de las convenciones con alguna dosis de reflexión, observación o vivencia personal, tal como hace Quevedo con su detallismo, e incluso posando su mirada satírica en algún individuo en particular, según hace sin duda Valle y Caviedes bastante a menudo. El

¹³ Según su clasificación, el ejemplo comentado del epigrama 74 del libro VIII pertenecería al tipo 1-c señalado por esta estudiosa.

mismo don Francisco incurre en una reflexión trascendente cuando en el citado *Chitón de las tarabillas* aconseja seriamente:

En la enfermedad sin remedio es caridad que el medicamento acabe la vida, y desesperación dejarla que se acabe (...). El que muere asistido de remedios entretiene las congojas con alguna esperanza, y es más cierta la corrupción en manos de la dolencia que de la medicina (1998: 86)¹⁴.

Pero este texto y otros similares, sin embargo, tienen las complicaciones añadidas de que en ellos usa Quevedo un tono serio radicalmente distinto del de sus escritos de risa y de que trata ahí otras cuestiones de gran trascendencia moral o ideológica, tales como -aquí- el problema de la salud de España y su monarquía, lo que enmaraña esta discusión con consideraciones de otra índole¹⁵.

En cambio, hay un breve pasaje de la *Virtud militante* en el que se alude a la enfermedad y a los médicos en términos contenidos y autobiográficos:

Yo conozi un avariento (...). Vile enfermo algunas vezes, i no se curaba con otra cosa sino con la quenta que hazía de lo que ahorra en no llamar médico ni pagar barbero ni botica (1985: 168).

Este personaje, con ribetes tan auténticos en su detenido retrato que parece el modelo real del dómine Cabra¹⁶, justamente adolece de aquello que Quevedo predica burlescamente en sus sátiras: no llama al médico deliberadamente para ahorrar un gasto inútil; y por ello nuestro satírico lo toma como ejemplo de un

¹⁴ Cf. las pp. 98, 102, 109, etc. del *Chitón*, con varios ejemplos de este eje metafórico.

¹⁵ Puede, por ejemplo, contrastarse el prólogo-dedicatoria de la *Virtud militante contra las cuatro pestes*, en el que este autor explica: “Escribo de las quatro pestes del mundo. No como médico sino como enfermo que las a padeçido. Temo (en esto por lo menos açierto) que antes me temerán por el contaxio, que me estimarán por la doctrina. Yo pretendo que el nombre de V. S. me sea antídoto. Eficaz para que en mí agradezca quien me leiere la experiencia con su escarmiento. Pues aconteze, que el doliente dé más segura rrazón de la enfermedad que padeze que el médico de la que curó”. Luego sigue hablando de una simbólica cuarentena (1985: 74).

¹⁶ Este pasaje está, de hecho, entre los posibles textos concomitantes enumerados por Fernando Cabo Aseguinolaza en su valiosa nota al *Buscón* (1993: 66, n. 2), con bibliografía pertinente.

pecado y una omisión culpable, lo que resulta bastante revelador de su punto de vista más que razonable acerca de una cuestión que en sus composiciones jocosas se presenta totalmente desorbitada en función de una convención evidente y de un objetivo humorístico.

Es indudable que detrás de los chistes consabidos hay una noción de cierta raíz folclórica, pues la preocupación por los errores fatales de los médicos es lógicamente universal. Maxime Chevalier ha estudiado la repercusión de este factor del folclore en la literatura, aunque su influencia real en este terreno no creo que llegue en absoluto hasta el extremo que él postulaba hace casi dos décadas¹⁷. Este crítico insistía entonces en que

Cette caricature procède d'un phénomène culturel: l'irruption massive de la matière folklorique dans la littérature espagnole entre les premières années du XVI siècle et les dernières du siècle suivant. Dans le cas que nous intéresse aujourd'hui, cette irruption coupe court, dans les oeuvres de divertissement, à tout essai de satire authentique de la médecine; le terrain est entièrement occupé par des représentations facétieuses, empruntées aux contes familiaux et aux proverbes (1984: 37).

Mi reparo principal a esta explicación es que justamente en el caso del refrán que Chevalier apuntaba para el tema del médico matante (cuatro variantes de “La falta del médico, la tierra la cubre”), la vinculación inspiradora con la literatura no es clara ni indiscutible y este crítico suponía que en ese refrán radican muchos de los variadísimos chistes que enuncian el asunto principal de mi presente artículo, una suposición bastante aventurada, pienso, y que debería contrastarse más¹⁸.

¹⁷ Plata comenta también las tesis de Chevalier en p. 230 de su artículo citado.

¹⁸ En mi artículo “El binomio chistoso medicina-muerte en dos poetas satíricos barrocos” (inédito), dedicado también a estas cuestiones médicas, con los refraneros en la mano, aludo a otros posibles contactos, bastante más convincentes según mi criterio, entre ambas manifestaciones culturales, popular y culta. Cito ahí refranes como “dijo al médico la Muerte: ¿conmigo quieres ponerte?” (Martínez Kleiser, n° 40.354); “quien a médicos no cata, o escapa o Dios le mata; quien a ellos se ha entregado, un verdugo, y bien pagado” (*id.*, n° 40.360); “el médico empieza donde el físico lo deja, y comienza el clérigo donde

Sí es evidente el peso en las sátiras literarias del XVII, si no de textos como la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz, en la que se dedica a los médicos el capítulo VII de la parte cuarta de la obra¹⁹, desde luego del clima oral de los cuentecillos y anecdóticos del XVI, que alumbró colecciones como la *Floresta*. De hecho, este es probablemente el texto más veces citado por Chevalier para corroborar su hipótesis de la pujanza del ingrediente folclórico-oral renacentista en la agudeza barroca.

Asimismo, de todos modos, no conviene echar en modo alguno en saco roto la importancia de los modelos libresco. Así, aunque éste no es mi propósito en estas páginas, puede aducirse también el testimonio de los *Epigramas* de Marcial, como el nº 47 del libro I, titulado “Diaulo, médico y enterrador” (1997: I, 135), bastante elocuente y que, desde luego, creo que reequilibra de nuevo, tras las tesis de Chevalier, el problema de la inspiración culta o popular-folclórica de nuestros escritores que escriben sobre el chiste tópico de la medicina mortal. A medio camino entre ambas posibilidades está también el chiste de Luis Quiñones de Benavente, en boca del doctor Juan Rana, justamente:

Tan ligero soy de cholla,
señores, que me he pasado
desde el tribunal de alcalde
al de médico, de un salto.
Allí, por culpa del hombre,
le mataba sentenciando;
pero aquí, por culpa mía,
sin sentenciale le mato.
Allí, pidiéndome iglesia,
della algún malo he sacado,
y aquí, sin que me la pidan,

acaba el médico” (Correas); “médico ignorante y negligente, mata al sano y al doliente” (*ibid*), con la variación “médico ignorante o negligente mata mucha gente” (Martínez Kleiser, nº 40.372); “purgalde y echalde; si se muriere, enterralde” (*id.*, nº 40.392); “tres jarabes y una purga, venga premio y anda, mula” (*id.*, nº 40.396); “médico jumento cura a todos con un mismo unguento” (*id.*, nº 40.397); “Dios da la curación y el médico se lleva el doblón” (*id.*, nº 40.404); y “cuando los enfermos claman, los médicos ganan” (*id.*, nº 40.405).

¹⁹ Actualmente los cuentos con los números 375 a 396, pp. 305-312 de la edición citada.

doy iglesia a muchos malos.

Y luego añade “vivo de lo que mato” (1991: 187-188). Todo ese entremés benaventino está construido sobre la misma idea.

Más recientemente, en 1992, con mejores argumentos y bases más firmes, el mismo crítico francés ha reelaborado su tesis del peso de la materia folclórica en la génesis de la agudeza barroca culta. En su libro *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal* de ese año, desbroza y deja practicable esa senda que conduce desde las fuentes orales de la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz hasta los portentosos ejercicios de estilo de nuestros autores barrocos más granados:

No será ocioso recordar que unos ingenios de prodigiosa inventiva y que manejan con virtuosismo insuperable toda clase de juegos verbales apelaron a unos equívocos corrientes que flotarían en el aire y que conocería cualquier español medianamente agudo, posiblemente sin recordar que se hubieran estampado en las páginas de la *Floresta* (...). Demuestran estas coincidencias que se dan una continuidad y una solidaridad entre la agudeza oral de los caballeros del siglo XVI y la agudeza verbal de los versos de Góngora, de los versos y prosas de Quevedo, de la prosa de Gracián (1992: 47).

Esto reza para la *Floresta* y sus reminiscencias barrocas, pero la idea general subyacente del influjo folclórico en la sátira aguda no es desdeñable. Chevalier habla a otro propósito de un “fondo común de equívocos de que disponían los contemporáneos de Carlos V o de Felipe IV” (*ibid.*), fondo mostrenco en el que sin duda hubo chistes y anécdotas sobre médicos, reforzadas por algunos de los refranes que aún pueden espigarse en los repertorios disponibles, antiguos y modernos. Con todo, a pesar de los esfuerzos del ilustre profesor de Burdeos, la impresión más nítida que produce la lectura de ese magnífico libro es la del abundante, inextricable y fructífero trasiego de muchos motivos, chistes y agudezas de unos escritores cultos a otros posteriores²⁰.

²⁰ Como puede observarse en las pp. 141, 163-164, 167, etc. de su libro. En las pp. 169-170 roza el asunto peliagudo de Quevedo como autor con tendencias o tentaciones más o menos populares, por lo menos según lo juzga Gracián, con cierto oportunismo bien anotado por Chevalier. Por otro lado, en el apéndice 5 de la misma edición moderna de la *Floresta* hay abundantes pruebas

En esencia, con mayor o menor dosis de lecturas librescas o de motivos populares, desde hace dos décadas predomina la interpretación de las escenas o las pinceladas burlescas de Quevedo como manifestaciones muy versátiles y elaboradas (y logradas y graciosas las más veces) de una convención preexistente, y que a su vez sirvieron como cimiento satírico a autores posteriores como Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan Cortés de Tolosa, Rodrigo Fernández de Ribera, Alonso de Castillo Solórzano, el entremesista Luis Quiñones de Benavente, Salvador Jacinto Polo de Medina, Francisco Bernardo de Quirós, Jacinto Alonso Maluenda, el autor del *Estebanillo González*, el mismo Baltasar Gracián y muchos más. La materia médica quevediana fue especialmente aprovechada por Antonio Enríquez Gómez en la *Vida de don Gregorio Guadaña* y por Pedro de Espinosa en su obra de 1625 *El perro y la calentura*. Todo esto obliga a poner en suspenso cautelarmente el criterio expuesto por Luis S. Granjel, autor en general muy bien informado, de que “las críticas, burlas y sátiras contra los médicos [en la literatura, de la que acaba de enumerar bastantes ejemplos en las páginas precedentes] atestiguan la opinión negativa que amplios sectores de la sociedad española tenían sobre el saber de quienes ejercían cometidos curadores” (1974: 82). Finalmente, frente a las tesis más modernas, Michel Querillac ha subrayado con cierta insistencia los otros móviles que cree más decisivos en las sátiras quevedescas que la convención literaria, tales como razones de índole personal e incluso impulsos con una base realista o de raíz social, todo ello desde una llamativa perspectiva que a veces parece *antiquevediana*²¹.

de estos trasvases de imitaciones, que fueron luego adornadas con detalles contemporáneos e hispanizadas por Santa Cruz. El rosario de fuentes utilizadas abarca algunas esperables y otras menos: Erasmo, Luis Milán, Guicciardini, Pinedo, etc.

²¹ Espigo algunas de sus definiciones y afirmaciones: “Es indiscutible la parte de ficción malintencionada, destinada a poner de relieve el ingenio del escritor, pero vacía de todo componente crítico social” (1986: 59); “prefiere siempre la sátira mordaz a un estudio detenido” (60); “denuncia superficial y sumamente insidiosa: Quevedo no profundiza, no aporta ni el menor argumento concreto” (61); “es pura difamación” (62); y “la violencia de Quevedo parece

En el caso del hispano-peruano, Como escribe Frederick Luciani, Caviedes parece tener la esencial convicción íntima de que todos los médicos son matasanos (1987: 344). Y, en efecto, no se omiten en ningún momento del *Diente* las acusaciones explícitas, personales y completamente creíbles, como cuando alude a un episodio en el que la inepticia de un doctor afectó gravemente a su familia directa²². Sobre esta base Daniel R. Reedy²³ y Glen L. Kolb (1959: 9) insistieron en el autobiografismo verista y en la idea de que elige este asunto “por motivos personales”, lo que pongo en duda al menos en parte. Sí es cierto que muchas de sus poesías satíricas con ataques a la profesión médica se fijaron como blanco los doctores históricos de la Lima contemporánea, según Reedy explica, anotando algunos nombres (1984: xxii) y según se comprueba también fácilmente con un vistazo a su poesía n° 70 o a la lista de nombres y apodos maliciosos de doctores limeños documentados que aparecen por doquier. Y es indiscutible que composiciones como ésta ofrecen elementos satíricos originales que parecen basados en un tejido anecdótico contemporáneo y auténtico. Pero, por lo demás, el apego formal y de contenido a los modelos de la sátira anterior y particularmente al reclamo quevediano me hace sospechar un tanto de esa supuesta originalidad autobiográfica que tanto se le atribuye como virtud, como móvil y como procedimiento casi únicos.

En otras palabras: este apego por las anécdotas auténticas de los galenos limeños no lo explica todo en un contexto barroco de imitación generalizada y de combinatoria creativa de elementos heredados que afecta a los dos escritores. Más lógico es pensar que Caviedes pudo tejer una sátira convencional sobre el oportuno cañamazo de lo personal, ingrediente que prestaría el indudable aliciente de lo próximo a sus intervenciones en academias y

más bien fundada en un odio personal” (*ibid.*). Este *modus operandi* crítico es evidentemente debatible.

²² En la composición n° 25, en la que relata el error médico fatal del galeno Francisco Machuca, que mató a la prima del poeta.

²³ Reedy, “Introducción” a su edición de la *Obra completa* (1984: xxi).

reuniones poéticas o a la difusión manuscrita de sus pullas picantes, de mano en mano.

Otra cosa es el debate sobre la intención correctiva de estas semblanzas satíricas a medias reales y a medias convencionales. De nuevo, anoto unas palabras oportunas de Arellano acerca de Quevedo:

La intención crítica regeneracionista y moralizante ha sido disminuida por algunos estudiosos y puesta de relieve por otros. Creo que en este punto, como en otras muchas ocasiones, una actitud ecléctica está más cerca de la verdad que los extremos. Es obvio que buena parte de los temas tratados en los *Sueños* inciden en áreas sumamente serias de intención moralizante; es obvio también que la brillantez estética de su expresividad verbal pone a menudo en un primer plano la dimensión puramente literaria, ingeniosa, y que para muchos lectores ahí radica lo más apreciable de su lectura: pero no creo discutible la percepción de un grupo de temas eminentemente morales, con muy acusados ribetes en algún caso de lo que podríamos calificar de crítica social y política²⁴.

Cabe preguntarse, ante esta solución equilibrada, si los textos satíricos poéticos pueden interpretarse según este patrón *ecléctico* de Arellano, dado que en muchos de ellos la intención meramente burlesca y la sátira superficial y tópica pueden pesar bastante más que en los *Sueños de verdades descubridoras de abusos* quevedianos, especie de literatura de *avisos*, consejos y admoniciones mucho más seria y moralizante. Empero, no conviene echar en saco roto el fondo antiprofesional y antimonetarista de muchas de estas estampas y cuadros en

²⁴ En la misma introducción ya citada a los *Sueños* (1991: 35-36). El interesante artículo de Querillac ya dilucidaba bastantes cuestiones de este orden: posible afán crítico, e incluso *realismo* tremendista, frente a mero tópico literario o a lucimiento de escritor joven, todo con cierto acopio de bibliografía y señaladamente basándose en el cotejo con los estudios todavía útiles de Granjel. Como Arellano, Querillac se muestra partidario de una solución ponderada de este dilema en gran medida insoluble, aunque luego su artículo derive constantemente hacia una defensa de los médicos del XVII frente a las agresiones quevedianas.

Quevedo, insertos en corrientes morales y políticas de cierto calado ideológico²⁵.

En cuanto a las pretensiones de edificación moral y de positiva regeneración de la sociedad que Caviedes muestra, éstas me parecen en parte tópicas y, por tanto, de una sinceridad discutible. Discrepo, así pues, de la lectura del prólogo del *Diente* esencialmente como un manifiesto para la reformación o “transformación espiritual” de las almas, como lo entiende John McCaw sobre la base algo precaria de unos pocos versos del texto del satírico peruano, un tanto descontextualizados y repletos de tópicos allegadizos (1997: 91-93). Hasta la interpretación de los ataques de Caviedes (y, antes, de Quevedo) a los médicos como ataques contra “a new and emerging form of hegemonic expression”²⁶, idea que McCaw también reivindica (1997: 93), se me antoja difusa y ambigua como poco. Por el contrario, la sátira barroca suele ser de signo conservador y, por lo menos en el caso quevediano, bastante bien conocido, aunque no fácil de analizar, estos ataques satíricos son de signo reaccionario. Después de enumerar varios ejemplos de alusiones terribles a las enfermedades venéreas, chistes racistas, acusaciones de sodomía y otras lindezas, Juan Goytisolo ha anotado lo siguiente:

Estos asuntos (...) constituyen tal vez la clave secreta del pensamiento reaccionario, edificado siempre sobre una ciénaga de temores, repulsas y odios –menos contradictorios de lo que a primera vista parece– a la promiscuidad (goce sexual), lo inasimilable y ajeno (razas, culturas diferentes) y la realidad traumática del ano y la atracción latente hacia lo fecal (sodomía) (1992: 161).

Surge, en fin, en los dos poetas una mezcla de varias fuerzas: razones autobiográficas (que pesan sobre Caviedes de un modo palpable), personales (las descritas por Goytisolo para el caso de Quevedo); el agudo problema histórico del insuficiente y lento desarrollo de la ciencia médica, con sus nefastas

²⁵ Para esta cuestión es interesante sopesar lo que escribe Chevalier, con varios testimonios del aragonés, acerca de la opinión gracianesca sobre la falta de propósitos moralizantes que él observaba en la producción de Quevedo (Chevalier, 1992: 164-165).

²⁶ Definición de Julie Greer Johnson (1993: 89).

consecuencias; en otro orden de cosas, el móvil de la imitación literaria, el propósito de hacer reír; y todo ello sin olvidar un conservadurismo ideológico de fondo, evidente en el madrileño. Los médicos son trabajadores y profesionales liberales, muchas veces cristianos nuevos, en una sociedad racista y castiza que denuesta el trabajo como modo de vida²⁷; también, como subraya Querillac, hay un rechazo implícito de las novedades, ya destacado hace años por Mas (1986: 329), y cierta reticencia hacia la ciencia y la técnica. Por último, como ingrediente adicional que complica este peliagudo cóctel, puede haber surgido un sentido de la inevitabilidad de la enfermedad y la muerte, castigos atraídos por los pecados del hombre y enviados por Dios, a los que no cabe hacer frente con medios humanos, lo que haría –se supone, siguiendo este peculiar tren de ideas– que los médicos fuesen representados como impostores y oportunistas que ofrecían un falso consuelo para unos males sin solución y merecidos (Querillac, 1986: 63-65)²⁸.

En otro orden de cosas, no creo que las piezas satíricas de Caviedes deban ser ilustradas, como hace McCaw, con las hipótesis

²⁷ Esta es quizás la derivación más intrincada de nuestro asunto, ya que, si bien parece que algunos o muchos médicos eran de origen judío, según historiadores como Antonio Domínguez Ortiz, Noël Salomon y especialmente Granjel (*vid.*, de éste último, 1974: 31-32 y 60-63); a pesar de ello, paradójicamente, los denuestos y chistes de los satíricos del XVII no ponen especialmente de relieve esa ascendencia, como recuerdan Chevalier (1984: 36) y Querillac (1986: 63). El segundo estudioso no da particular importancia a esa falta de manifestaciones claras de la asociación médico-judío, en tanto que Chevalier afirma tajantemente: “Le disciple d’Hippocrate au nez crochu n’apparaît ni dans l’oeuvre de Quevedo ni dans les vers de Góngora” (1984: 36-37) y especula, a mi juicio con escasa base, sobre las causas folclóricas de esa falta de síntomas racistas en esos y otros escritores (1984: 37). En todo caso, este interesante obstáculo no puede resolverse aquí, puesto que implicaría un examen detenido de las sátiras de otros oficios y profesiones en busca de las pautas habituales del antisemitismo satírico de Quevedo, por ejemplo. Baste con decir, por ahora, que en ningún pasaje revisado en mis artículos previos he hablado de alusiones reconocibles al judaísmo de los doctores. En cambio, sí he localizado un “médico judío” en el *dramatis personae* y en la acción de *San Nicolás de torentino* de Lope de Vega.

²⁸ Cf. Granjel (1974: 39).

de Mijail Bajtín, tan caras al medio crítico del hispanismo norteamericano actual, pues estas tesis bajtinianas radican en el medio medieval y renacentista y no en el muy distinto y más tardío barroco diferido del Virreinato -estamos en 1689-, en el que el jienense Caviedes se inserta²⁹. Lo carnavalesco en sí –pensemos en el ejemplo central de Bajtín, la obra de Rabelais– poco tiene que ver con la sátira culta de Quevedo o Valle y Caviedes, pues estos autores escriben prácticamente desde las antípodas ideológicas del Carnaval, si es que no pretendemos confundir del todo sátira y espíritu carnavalesco. *La hora de todos* o el *Diente del Parnaso* son discursos plenamente barrocos, no renacentistas, y su desciframiento como ejemplos del espíritu del carnaval no me parece nada apropiado, dado que se encuentran a años luz del hoy debatido interés humanístico de ciertos intelectuales del XVI por la cultura vernácula y el folclore. Ni Maxime Chevalier, con su bien visible interés por trazar los parentescos entre la literatura culta del XVII y sus raíces populares, ha establecido este tipo de paralelos simplificadores; ni el mismo Goytisolo cita a Bajtín más que tímidamente, en un recodo de su análisis de la obra escatológica del gran satírico español³⁰, y siempre lo hace observando esta distinción, relevantísima en este punto:

La obsesión escatológica de Quevedo sólo puede compararse con la de otros grandes escritores europeos: Rabelais y Jonathan Swift. Pero

²⁹ Cf. McCaw, especialmente 1997: 92-93. La misma cita del libro *Rabelais y su mundo* de Bajtín esgrimida por este estudioso (93) no debería aplicarse directamente a lo grotesco barroco, que debe entenderse bajo otra luz: no pueden contemplarse del mismo modo los cuadros del Bosco que los de Valdés Leal, postridentinos. Más adecuada me parece, sin duda, la referencia que hace al estudio de José Antonio Maravall. Acerca de la cuestión bajtiniana, puede leerse con mucho aprovechamiento la reseña que hizo Tatiana Bubnova del libro seminal de Edmond Cros *Ideología y genética textual. El caso del "Buscón"* (Madrid, Cupsa, 1980), publicada en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 32-1 (1983), pp. 224-228.

³⁰ Concretamente en la n. 8 de la p. 158, en la que se cita una frase oportuna de la obra *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, cita que se aplica a tres autores medievales europeos, no a Quevedo en modo alguno. Esta reticencia es bien expresiva y sus razones se explican precisamente en el párrafo de Goytisolo que reproduzco algo más abajo.

mientras las referencias a las funciones fisiológicas y sus productos se integran, en el primero, en una concepción unitaria de la vida más propia de la Baja Edad Media que del Renacimiento –y de ahí sus numerosos puntos de contacto con el mundo del Arcipreste de Hita, Chaucer y Boccaccio–, en el caso de Swift, su neurosis parte de la misma raíz traumática que la del poeta español y sus diferencias de matiz obedecen únicamente al rumbo divergente de las dos sociedades en cuyo seno vivieron y crearon (1992: 158).

Otro cantar muy distinto es la competencia poética, estilística y lingüística de los dos poetas, a todas luces muy desigual, por más que se haya intentado, primero, emparejarlos con el fin de producir la impresión de que son poetas equivalentes en su calidad, y después distanciarlos como si la evidentísima imitación que Caviedes hace de Quevedo fuese un timbre deshonoroso para el peruano en una época de emulación consciente y obligatoria. Aunque desde luego no deseo entrar en un espinoso debate nacionalista, tan políticamente contaminado como *incorrecto* (en más de un sentido de esta palabra), es patente que desde el redescubrimiento moderno del vate americano se le ha intentado reivindicar un tanto equívocamente como un *Quevedo americano*, según ya hiciera Bellini en su libro *Quevedo in América* de 1966. Ese supuesto *Quevedo limeño*, nacido en Jaén, es un autor temática y tonalmente próximo a la sátira quevediana previa, aunque su imitación no es servil sino creativa, bien que resulta marcadamente inferior a su modelo como poeta y estilista. Por eso me sorprende una declaración de Luciani como la siguiente: “The other generally-held notion about Caviedes is that he is a Peruvian disciple of Quevedo, indeed, the ‘Quevedo of America’, a title which is somewhat diminishing for all its encomiastic intent”; acompañada de comparaciones nada menos que con Defoe, Molière y Swift (1987: 337), que poco lo benefician a la postre³¹. Más que reductores, parecen esos parangones desmedidamente

³¹ En general, a pesar de estos reparos, no deja de ser muy útil su revisión del baile *El Amor médico* en su mencionado artículo de 1987, que redonda en el mejor conocimiento de una parcela marginada de este poeta como es su producción teatral. Las comparaciones aludidas arriba se pusieron de moda en el rescate de Caviedes por Luis Alberto Sánchez en la década de los cuarenta del siglo XX, que lo consideró un François Villon criollo.

elogiosos, sobre todo una vez que se relea el *Diente* de manera seguida y con miras poéticas y, más claramente todavía, si lo examinamos con cualquier obra de Quevedo, en prosa o en verso, sobre la mesa. La lectura más provechosa de Caviedes, como siempre, es leerlo como lo que fue, sin los anteojos del revisionismo, el multiculturalismo o el *peruanismo* combativos, un poeta muy irregular y secundario, con algunos aciertos y cierta trascendencia local, a falta de mejor plectro, por haber combinado con un tono característico el molde consabido de la sátira de médicos y la invectiva personal. Pero veamos algunos pasajes a modo de muestra.

En varios momentos, a pesar de ser un poeta discreto, nos sorprende en cambio su inventiva para las situaciones caricaturescas, como cuando se desafían en duelo a muerte un médico y un cirujano con sus herramientas de trabajo y sucede el siguiente desenlace:

Viendo la Muerte, avarienta
de vidas, tenían riesgo,
y matándose perdía
diez mil muertos por dos muertos,
empuñando la guadaña,
se les metió de por medio,
diciendo en tremendas voces,
“Basta ya, fuertes guerreros;
envainen en los estuches
mis fatales instrumentos,
que ya sé vuestro valor
en la cosecha que tengo (1984: 35-36).

Este episodio podría contener, con todo, elementos circunstanciales auténticos, extremo que no he podido confirmar.

Aunque Quevedo lo aventaja en ese concepto, tampoco son raros los momentos felices en los que hace gala de cierto ingenio verbal:

(...) el ventrículo seco y arrugado,
la virtud espúltriz algo viciada,
la concótriz no puede coser nada,
la reténtriz se afloja (...) (1984: 174).

Pero, desafortunadamente, esos buenos momentos aparecen seguidos o precedidos por largas series de versos rípidos, de sintaxis laxa, de frases nada redondas. Es sin duda uno de esos poetas medianos cuya producción se hubiera beneficiado –supongo– de haber escrito menos pliegos, y particularmente también, quizás, de haber reducido la visceralidad de la sátira ocasional y haber subrayado más los puntos de vista más universales.

De todos modos, el ejemplo de Quevedo ha suscitado en él una imitación consciente y fructífera. Así, aparte de otras coincidencias que he reseñado aquí y en otros artículos previos, la composición 50 asocia medicina y muerte de un modo totalmente quevedesco, aunque con expresión más tosca:

Sólo con médicos casen
antiguallas como aquésta,
pues si de la muerte viven,
bien pueden vivir con ellas (1984: 146).

La n° 69 ataca a un médico “matasiete” (broma repetida en la composición 70) y hace chistes con sus víctimas (“en calaveras / graduado y catedrático / de sepulturas funestas”), todo ello tomado directamente del satírico español, al que acaso algunos críticos modernos prefieren no citar mucho para así demostrar tácitamente una improbable autonomía o independencia frente al modelo. Caviedes compone también una historia de la medicina en clave de sátira, en la que menciona al propio autor del *Buscón* y a Villamediana, entre otras *autoridades* especializadas (n° 43). En otra obrita confiesa escribir nada menos que “por el alma de Quevedo” (n° 44). Insisto en este aspecto para contrarrestar la intención de ciertos estudiosos de difuminar esa influencia y de subrayar modelos más borrosos para aquilatar artificialmente la obra del jienense-peruano.

Creo, en definitiva, que una relectura de Quevedo, fuente central de Caviedes a pesar de los esfuerzos mixtificadores de una parte de la crítica americanista reciente, ofrece muchos más elementos para la comprensión de éste último de lo que suele pensarse por un extraño irredentismo cultural, falto por lo común

de base histórica. Incluso el cimiento para construir el armazón ideológico de fondo que McCaw atribuye a Caviedes está, en realidad, ya en Quevedo y, en términos generales, en los satíricos españoles del XVII, en autores como Francisco Santos, Luis Vélez de Guevara, Antonio Enríquez Gómez, en la prosa, y Góngora o Villamediana en el verso, entre otros.

Queda una importante cuestión: frente a los ataques, motes y acusaciones contra los médicos en la literatura y en lo que no era literatura, existió en el XVI y en el XVII una corriente de defensa y dignificación de la medicina estudiada por Granjel, con escritos de autores como Gaspar Tristán y Diego de Aroza en la segunda centuria aludida. Tampoco faltó el apoyo de un escritor notable como Jerónimo de Alcalá Yáñez, médico él mismo, como los otros dos, y del jurista Juan Cortés en un elocuente *Discurso apologético y excelencias de la medicina*³².

BIBLIOGRAFÍA:

- ALARCOS, Emilio (1955), "Quevedo y la parodia idiomática", *Archivum*, V, pp. 3-38.
- ALONSO, Dámaso (1952), *Poesía española. Ensayo de límites y métodos estilísticos*, Madrid: Gredos.
- ARELLANO, Ignacio (1984), *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*, Pamplona: Universidad de Navarra.
- , ed. (1991), *Los sueños* de Francisco de Quevedo, Madrid: Cátedra.
- (1998), *Comentarios a la poesía satírico burlesca de Quevedo*, Madrid: Arco Libros.
- ASENSIO, Eugenio (1971), *Itinerario del entremés desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente*, Madrid: Gredos (2ª ed. revisada).
- BALLÓN AGUIRRE, Enrique (1999), "Cuenta y razón: los textos atribuidos a Juan del Valle y Caviedes (un siglo de ediciones)", *Lexis*, 23, pp. 359-400.
- BELLINI, Giuseppe (1966), "Actualidad de Juan del Valle y Caviedes", *Caravelle*, 7, pp. 153-165.
- (1966), *Quevedo in America*, Milán: La Goliardica.
- CÁCERES, María Leticia (1975), *La personalidad y obra de don Juan del Valle y Caviedes*, Arequipa: El Sol.
- CARILLA, Emilio (1949), *Quevedo (entre dos centenarios)*, Tucumán: Universidad.

³² Todo ello recogido por Granjel (1974: 84). Hay algunas noticias más sobre estas obras y autores en p. 65.

- CHEVALIER, Maxime (1984), "Le médecin dans la littérature du Siècle d'Or", en *Le personnage dans la littérature du Siècle d'Or: statut et fonction (table-ronde, Casa de Velázquez des 8 et 9 novembre 1979)*, París: Éditions Recherches sur les Civilizations, pp. 21-37.
- (1992), *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona: Crítica.
- (1999), *Cuento tradicional, cultura, literatura* (siglos XVI-XIX), Salamanca: Universidad.
- COSTIGAN, Lúcia Helena S. (1994), "Colonial Literature and Social Reality in Brazil and the Viceroyalty of Peru: The Satirical Poetry of Gregório de Matos and Juan del Valle y Caviedes", en Francisco Cevallos-Candau *et al*, eds., *Coded Encounters: Writing, Gender and Ethnicity in Colonial Latin America*, Amherst: University of Massachusetts Press, pp. 87-100.
- DAVID-PEYRE, Yvonne (1971), *Le personnage du médecin et la relation médecin-malade dans la littérature ibérique aux XVIe et XVIIe siècles*, París: Ediciones Hispanoamericanas.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando (1994), "El médico, ese enemigo", en *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Madrid: Edaf, pp. 235-249.
- GOYANES CAPDEVILA, José (1934), *La sátira contra los médicos y la medicina en los libros de Quevedo*, Madrid: s. e.
- GOYTISOLO, Juan (1992 [1977]), *Disidencias*, Madrid: Taurus.
- GRANJEL, Luis S (1974)., *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*, Salamanca: Universidad-Instituto de Historia de la Medicina Española (colección Estudios de Historia de la Medicina Española, nº 4).
- (1978), *La medicina española del siglo XVII*, Salamanca: Universidad (colección Historia General de la Medicina Española, nº 3).
- HIGGINS, Anthony (1997), "Subject and Carnavalesque in Colonial Satire: a Study of Juan del Valle y Caviedes 'Coloquio entre una vieja y Periquillo a una procesión celebrada en esta ciudad'", *Calíope*, 3-2, pp. 72-85.
- (1999), "No Laughing Matter: Norm and Transgression in the Satirical Poetry of Juan del Valle y Caviedes", *Bulletin of Hispanic Studies*, 76, pp. 109-120.
- JAURALDE POU, Pablo (1998), *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid: Castalia.
- JOHNSON, Julie Greer (1981), "Three Dramatic Works by Juan del Valle y Caviedes", *Hispanic Journal*, 3, pp. 59-71.
- (1993), *Satire in Colonial Spanish America: Turning the New World Upside Down*, Austin: University of Texas Press.
- KOLB, Glen L. (1959), *Juan del Valle y Caviedes: A Study of the Life, Times and Poetry of a Spanish Colonial Satirist*, New London: Connecticut College Press.
- LASARTE, Pedro (1999), "'La vieja y el Periquillo': una aproximación a la Lima de Juan del Valle y Caviedes", en Georgina Sabat de Rivers, ed., *Esta de nuestra América pupila. Estudios de poesía colonial*, Houston: Society for Renaissance & Baroque Hispanic Poetry, pp. 125-139.

- LLANO GAGO, María Teresa, *La obra de Quevedo: algunos recursos humorísticos*, Salamanca: Universidad, 1984.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo (1948), "Un poeta virreinal del Perú: Juan del Valle Caviedes", *Revista de Indias*, 9, pp. 771-794.
- LUCIANI, Frederick (1987), "Juan del Valle y Caviedes: *El Amor médico*", *Bulletin of Hispanic Studies*, 64, pp. 337-348.
- MARCIAL (1997), *Epigramas*, Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger, introd., trad. y notas, Madrid: Gredos, 2 vols.
- MAS, Amedée (1957), *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*, París, Ediciones Hispanoamericanas.
- MCCAW, R. John (1997), "Playing Doctor: Satire, Laughter and Spiritual Transformation in Valle y Caviedes's *Diente del Parnaso*", *Calliope*, 3-2, pp. 86-96.
- PLATA PARGA, Fernando (1999), "Contribución al estudio de las fuentes de la poesía satírica de Quevedo: Ateneo, Berni y Owen", *La Perinola*, 3, pp. 225-247.
- QUERRILLAC, René (1986), "Quevedo y los médicos: sátira y realidad", *Cuadernos hispanoamericanos*, 428, pp. 55-66.
- QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de (1998), *El chitón de las tarabillas*, Manuel Urí Martín, ed., Madrid: Castalia.
- (1987), *La hora de todos y la Fortuna con seso*, Jean Bourq *et al.*, eds., Madrid: Cátedra.
- (1996), *Poesía original completa*, José M. Blecua, ed., Barcelona: Planeta.
- (1993), *Prosa festiva completa*, Celsa C. García-Valdés, ed., Madrid: Cátedra.
- (1993), *La vida del Buscón*, Fernando Lázaro Carreter, prolog. y Fernando Cabo Aseguinolaza, ed., Barcelona: Crítica.
- (1985), *Virtud militante contra las cuatro pestes*, Alfonso Rey, ed., Santiago de Compostela: Universidad.
- QUIÑONES DE BENAVENTE, Luis (1991), *Entremés cantado del doctor Juan Rana*, *Entremeses*, Christian Andrès, ed., Madrid: Cátedra, pp. 186-197.
- REEDY, Daniel R. (1964), *The Poetic Art of Juan del Valle Caviedes*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- (1964), "Signs and Symbols of Doctors in the *Diente del Parnaso*", *Hispania*, 47, pp. 705-710.
- (1984), ed., *Obra completa* de Juan del Valle y Caviedes, Caracas: Ayacucho (Biblioteca Ayacucho, n° 107).
- , "Foreword", en Julie Greer Johnson, *Satire in Colonial Spanish America...*, pp. ix-xii.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1940), "Un Villon criollo", *Revista Iberoamericana*, 2, pp. 79-86.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1924), "Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo", *RFE*, 11, pp. 33-62 y 113-153.

- SÁNCHEZ SALOR, Eustaquio (1985), "Los epigramas de Marcial en Quevedo", en José L. Melena Jiménez *et al.*, eds., *Serta gratulatoria in honorem Juan Régulo. I. Filología*, La Laguna: Universidad, pp. 643-662.
- SANTA CRUZ, Melchor de (1996), *Floresta española*, Maximiliano Cabañas, ed., Madrid: Cátedra.
- SCHALK, Fritz (1959), "Quevedos Imitaciones de Marcial", en Ch. Voigt y E. Zimmermann, *Libris et litteris. Festschrift für Hermann Tiemann zum sechzigsten Geburtstag* am 9. Juli 1959, Hamburgo: Maximilian-Gesellschaft, pp. 207-212.
- SCHWARTZ LERNER, Lía (1987), "De Marcial y Quevedo", en *Quevedo: discurso y representación*, Pamplona: Universidad (*Anejos de RILCE*, nº 1), pp. 133-157.
- URÍ MARTÍN, Manuel (1998), "La técnica retratística de Quevedo: *El chitón de las tarabillas*", *Hesperia*, I (1998), pp. 143-163.
- VALLE Y CAVIEDES, Juan del (1984), *Obru completa*, Daniel R. Reedy, ed., Caracas: Ayacucho (Biblioteca Ayacucho, nº 107).